

Tal vez, el legítimo deseo de situar a alguien en algún lugar, en algún espacio permita, como una primera aproximación a Buendía Martínez, asemejar su actitud artística con las maneras de concebir la creación de los escritores del Romanticismo de la 1ª mitad del S. XIX: provocar al lector. Pues bien, el color, desposeído de su capa superficial merced al ácido, genera en quien lo contempla una visión de descarnada, desnuda del mismo, derivándolo por sensaciones bien diversas pero exentas de superficialidad. Colores saturados, muy vivos, alegres a veces, siempre directos, siempre con el ingrediente mediterráneo, preñados de su luz, de sus sugerencias; color no encerrado mas sí liberado en líneas explícitamente marcadas, fundamentalmente en el tema flamenco.

Las tonalidades cromáticas, solidarias, cómplices nos revelan, nos desvelan el alma del autor. Deposita su identidad sin miedo en el contenido de lo mostrado. No hace falta gritar, ya lo hacen sus formas; no es necesario alzar la voz, lo expuesto lo establece. Habla, comunica desde el silencio sencillo, humilde, derramando su personalidad en lo creado. Se muestra, nos muestra la cara que quiere, que reclama; más que reconocimiento, definición, denuncia estados.

En la exposición que nos ocupa, tres motivos:

- Maltrato psicológico: visión íntima, personal, en un juego expresivo en el que los cuerpos hablan o, más bien, expresan lo que, como antes mencionaba, los denuncia con las fuerzas de las siluetas humanas, usando generosamente el recurrente tono frío que al espectador conmueve. El contorno humano como signo lingüístico, con su significante, el perfil, y el significado: línea directa a la conciencia, a la sensibilidad.
- Toros: sangre, fortaleza, movimiento, nobleza; escenificación del alma común en juego de formas vivas, precisas. Intrahistoria en lo que a pasión se refiere, contorneando la vida con invitaciones al arte.
- Flamenco: como el mismo autor denomina, duende. Parte complementaria del ser; baile, hechizo, haciendo familia nuestra a artistas consagrados en un ejercicio de aproximación vital, de cercanía, invitando a leer en el alma que ofrece como aliada a nuestros ojos.

En definitiva: su lenguaje heterogéneo, con denominadores comunes, evidencia un atrevimiento, una valentía, haciendo compatible, en el amplio mundo de la creación, el flamenco, los toros y el maltrato; simbiosis mágica, trasunto del perfil honesto de quien lo firma, aliñado, como ya se mencionó, con una interpretación romántica que, sin resolver el compromiso atávico arte/realidad, se atreve a sugerirlo como acicate.

El color vehícula los sentimientos, lo canaliza en explícitas sugerencias. Fluye, no se detiene, mezclando lo armónico con los contrastes. El ácido, finalmente, elimina lo accesorio para accedernos a lo profundo, a la verdad.

Sin pretenderlo, se adhiere al grupo del 27. Recordemos que ellos utilizaban el verso, la palabra para explicar, explicarse el mundo, así como la arriesgada apuesta por el maridaje entre la vanguardia y lo popular. Idéntica intención en nuestro amigo Buendía Martínez.

*Antonio Orenes Ortuño*  
*Escritor y Profesor de Lengua*